

Tintero

Historia y enajenación

Álvaro Matute

El título corresponde al de la traducción de un libro de André Gorz, *La moral de la historia*, en francés. No sé si le fue impuesto por la editorial, Fondo de Cultura Económica, o por Julieta Campos, la traductora. El caso es que en 1964 pudo haber sido mejor, en función de mercado, utilizar *enajenación* en lugar de *moral*. El contenido del libro es, efectivamente, un breve tratado sobre la enajenación del trabajo, tal y como lo estableció Marx desde 1844. Dos años antes había salido, por la misma casa editorial, el breviario de Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, que ofrecía una traducción de la misma Julieta Campos, no sólo del brillante ensayo de Fromm con el que se abre el libro, sino de una breve antología de textos de Marx, encabezados por “El trabajo enajenado”, primero de los *Manuscritos económico-filosóficos*. Se trata de una re-traducción, ya que la edición de Fromm los ofrece en inglés. Para entonces eran novedad, ya que no habían pasado por las manos del doctor Wenceslao Roces. “El trabajo enajenado” contaba con una versión ¿del francés? hecha por Francisco López Cámara, aparecida en la *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*.

El ensayo de Fromm abría perspectivas frescas tendientes hacia lo que José Guilherme Merquior llamó *marxismo occidental*, apartado de las rigideces dogmáticas del materialismo histórico sancionado por la Academia de Ciencias de la URSS. La idea y el concepto de enajenación hicieron que algunos voltearan hacia Hegel y que adquiriera un primer plano en textos y discusiones. Incluso se llegó a la burla. El personaje que interpretó magistralmente Vittorio Gassman en *Il sorpasso* hacía mofa de las películas de Antonioni

y *l'alienazione*. Buena parte de los años sesenta fueron matizados por la recuperación de las ideas del joven Marx. En ese renglón, marxismo y existencialismo se daban la mano.

Después de la intoxicación quedó la asimilación y todo fue archivado hasta que en un texto hasta entonces inédito de José Gaos, encontré su referencia a la “historia enajenada”, esto es, la que se escribe desde y bajo los dictados del mundo académico, esto es, por los historiadores para los historiadores. Círculo cerrado. El producto es una mercancía; el historiador se objetiva en su producto, se enajena. Gaos distingue entre la historia escrita por historiadores no profesionales y la que producen quienes forman parte de un sistema cerrado, o dificultosamente abierto a los no pertenecientes a él. Esta es la historia enajenada.

Los practicantes de las llamadas *ciencias duras*, conscientes del esoterismo de sus trabajos, se abren a la divulgación de la ciencia para que sus productos trasciendan hacia una parte más amplia de la sociedad; los humanistas, en cambio, dan por supuesto que sus obras están abiertas hacia todos, cuando en realidad la cada vez mayor especialización los ha hecho distanciarse de universos más amplios de lectores. Gabriel Zaid ha dicho muchas veces que los académicos escriben para sus evaluadores y no para lectores interesados en algún tema que pudiera ser de dominio público mayor. El gran historiador transterrado Ramón Iglesia expresaba en los años cuarenta que le “repugnaba la idea de escribir para media docena de colegas” y que “cada vez se sabe más de cada vez menos”. Los sistemas de evaluación privilegian la sobreespecialización y castigan



el trabajo de divulgación. Ciertamente, la investigación especializada hace falta. El peligro es que su alcance sea el que describía don Arturo Arnaiz y Freg: “Sacar datos de la tumba de los archivos para colocarlos en la tumba de las bibliotecas”. El viaje del artículo especializado publicado en alguna *revista internacional de arbitraje estricto* al conocimiento de públicos cultos mayores o es muy tardío o simplemente nunca se da. Lo mismo pasa con las rigideces pedagógicas que cinchan los programas de enseñanza media y sus respectivos libros de texto, lo cual dificulta y retarda el viaje hacia los estudiantes en formación. El historiador se enajena en su producto, mercancía a la que el sistema otorga un valor que le permite ascensos y permanencias. La sociedad de la que parte y hacia la que debe ir su producto queda fuera del alcance del no especialista. Al productor no le interesa, se conforma sólo con ser evaluado. El sistema académico se blindó a sí mismo con respecto a la posibilidad de trascender a una sociedad abierta potencialmente interesada en beneficiarse de lo que la investigación le puede ofrecer. **u**